



El despertador de la señorita Susi 1

El despertador de la señorita Susi

Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, investidos de todo el esplendor de su poderío — y ataviados no del chándal un poco raído con el que practicaban footing los días de fiesta por la mañana en el parque, ni del batín con borlas y las zapatillas de franela a cuadros con que podía verlos la sirvienta mientras se desayunaban en los días de labor sentados a la mesa de la cocina (eran unos hechos cercanos, familiares, que en la intimidad gustaban de la sencillez y de aspirar los aromas de los fogones en los que se empezaban a cocinar ya de buena mañana platos succulentos un poco, tal vez, en exceso especiados) sino del traje Armani confeccionado a la medida y de los zapatos italianos reservados para los actos solemnes — todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor — aunque este particular hubo de quedar por lo pronto en suspenso ante las airadas protestas (que se admitieron, por cierto, contra todo pronóstico y en el acta está por si alguien tiene la curiosidad de echarle un vistazo) de los que adujeron que no era a las apariencias a lo que estábamos juzgando — habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es (y quién no ha vivido la experiencia alguna vez) el que un despertador no funcione.

No según las apariencias, por tanto y si empero por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico “como lo es (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione” sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi se negase a cumplir su cometido

Una señora que pasaba muy malos ratos porque el marido, un bendito que por otra parte la adoraba, era sin embargo un tipo tan enormemente distraído y hasta extremos tan insospechados que aun pese a quererla como a las niñas de sus ojos se pasaba la vida equivocándose de esposa y, cuando la acompañaba a comprarse guantes o sombreros y salía del vestidor de los grandes almacenes alguna otra señora, él, en su despiste, le decía que estaba muy guapa aunque no fuese verdad — como era un hombre tan bondadoso — y la señora, entonces y sobre todo si no era verdad y ella plenamente consciente de no ser muy agraciada, le devolvía una sonrisa agradecida y le decía un poco ruborizada “es usted muy amable”.

Preguntaba él, extrañado aun en su despiste, que por qué lo trataba de “usted” después de tantos años y, ella, entonces, le respondía que precisamente por haber pasado tantos años desde que se vieran por última vez antes de que él se marchara a América a hacer fortuna no estaba segura de que fuera correcto el tutearlo porque bien podría ocurrir que hubiera él cambiado de estado.

Reía él entonces, divertido, con esa risa un poco estrepitosa con que ríen los hombres bondadosos entrados ya en años y algo gruesos, y le decía que había que ver si no era poco bromista; y que eso era lo que más le gustaba de ella, su sentido del humor y aquella manera suya tan encantadora de...

La esposa, que lo había reconocido entre la multitud por aquella su risa un poco estrepitosa, se acercaba, pedía disculpas muy seria y muy correcta a la desconocida explicando “es que este marido mío es terriblemente despistado” y se lo llevaba del brazo regañándole entre dientes por esa “tonta costumbre que tienes, Aniceto, de pegar la hebra con todas las mujeres feas que te vas encontrando”.

Cuando la desconocida era guapa todo resultaba bastante menos confuso y menos engorroso para la esposa porque, cuando el marido se equivocaba, la señora guapa lo miraba despectiva y se daba la media vuelta; y a la salida del vestidor allí se lo encontraba ella, la esposa, parado sin hacer payasadas ni un ridículo del todo innecesario y fuera de lugar porque, como ella argumentaba cargada de toda la sensatez que podía adornar a una dama de su edad tocada con semejante sombrero, “nosotros, Aniceto, estoy convencida de que ya hemos hecho y con creces todo el ridículo que el destino nos tuviese deparado el realizar”. Y que ya era hora de ceder el paso a las nuevas generaciones, que venían apretando y era seguro que — porque el proceso evolutivo de la especie humana es irremisiblemente así — el perseverar y querer competir era batalla perdida de antemano porque ellos, los jóvenes, tanto más preparados gracias a los adelantos modernos y a las técnicas docentes cada día más punteras, nos darían, a todos nosotros, ciento y raya con su saber hacer unos ridículos que, “créeme, Aniceto”, dejarían en mantillas a todos los ridículos hechos, con tanta tenacidad y tanto esfuerzo, por todas las generaciones pasadas de las que no somos más que un pálido, muy pálido reflejo.